**Homilía en la   
Memoria de los Santos Ángeles Custodios** *Basílica de Guadalupe, 02.10.2018*

Queridos hermanos y hermanas:

Hoy celebramos, en este gran templo mariano, aquí, donde el cielo se ha abierto sobre la tierra, una importante memoria litúrgica. Recordamos a los Santos Ángeles Custodios, esas criaturas espirituales que Dios ha puesto a nuestro lado en nuestro peregrinar en esta tierra. Están, aunque no los veamos. Son eficaces, aunque pertenezcan a un orden que no es el nuestro. También María ha tenido experiencia directa de los ángeles cuando ha recibido el mensaje de Gabriel, que le anunciaba que sería la madre de Jesús.

¿Quiénes son los ángeles? O, quizás mejor: ¿dónde están los ángeles? El evangelio de hoy nos decía que están viendo siempre el rostro del Padre. Sí, los ángeles viven delante de Dios, en una relación constante con Él. Le ven. En la Escritura, la manifestación de Dios se acompaña muchas veces con la presencia de los ángeles. La gloria de Dios la vemos también por la presencia en torno a Él de ángeles que le adoran, le sirven, le glorifican. Pero, también en este caso, Dios no retiene para sí mismo lo que le es más querido, sino que lo comparte con nosotros. Dios nos envía a sus ángeles para que nos sigan, nos acompañen, nos custodien. Los ángeles son instrumentos de Dios, para que también en nosotros se realice plenamente el bien que Dios quiere para nosotros.

Esta es, me parece, la primera consideración que hoy estamos invitados a tener en cuenta: Dios es bueno con nosotros. Dios no quiere nuestro mal, sino nuestro bien. A veces tenemos la impresión de que Dios está lejos, que no conoce nuestros sufrimientos, quizás, incluso, que nos castiga con el mal. Pero no es así. Dios quiere la salvación del hombre. Dios quiere nuestro bien porque nos ama. Hasta tal punto quiere Dios el bien del hombre que ha enviado a su Hijo a sufrir, a morir y a resucitar, para que el hombre sea salvado y tenga la vida. Estamos aquí para abrir el año misionero: la Iglesia es misionera precisamente para que cada hombre pueda experimentar que Cristo ha muerto y resucitado por él, para liberarlo de todo mal y darle la vida verdadera. Es en este orden como podemos comprender también la presencia de los ángeles: cada uno de nosotros goza de una ayuda especial por medio del ángel para caminar por los caminos del bien. El ángel nos instruye, nos aconseja, nos defiende, para que se conserve en nosotros ese bien, esa salvación que Dios ha adquirido para nosotros en Cristo su Hijo. Bien lo decía también la primera lectura: “Voy a enviarte un ángel por delante para que te cuide en el camino y te lleve al lugar que he preparado” para ti. Todo camino está lleno de incertidumbre, de peligros, de insidias. Dios quiere ayudarnos en nuestra vida por medio de los ángeles para que ningún peligro nos arrastre lejos de la salvación que quiere para nosotros. Como dice el salmo, el Señor envía su ángel a cada uno de nosotros para que nuestro pie no tropiece en el camino que conduce a la vida.

Para poder gozar de la protección de los ángeles tenemos que ser como niños. Esta es la segunda consideración que quisiera hacer con ustedes. El reino de Dios pertenece a los niños, y hoy el evangelio nos presentaba a Jesús, que indica precisamente en el niño el modelo con el que relacionarnos. “El que se haga pequeño como este niño, será el más grande en el Reino de los Cielos”. La medida de la fe es hacernos niños. Pero ser niños delante de Dios no quiere decir ser egoístas y hacer caprichos. Ser niños quiere decir abrirnos con confianza a la acción de Dios en nosotros. Como el niño está seguro porque se siente en los brazos del padre o de la madre, así el cristiano está seguro porque se siente en los brazos de Dios. Sentirnos niños quiere decir poner la mano en la de Dios y dejar que Él nos conduzca. Sentirnos niños quiere decir tener fe y creer en el amor de Dios, en los momentos hermosos y en los momentos malos de nuestra vida. Porque Dios es Padre. ¿Es fácil? ¡No! Porque todos quisiéramos manejarnos en soledad. Paradójicamente, en la vida cristiana, para ser grandes tenemos que ser pequeños. Ser niños es la única condición posible si queremos tener experiencia de la vida a la que Dios nos conduce. Si pensamos caminar solos, ¿cómo podríamos entrar en el reino que Dios nos prepara? ¿Cómo podríamos gustar el bien que Dios prepara para nosotros, y que es tan alto respecto a nuestras capacidades?

Este bien es ver el rostro de Dios. Y esta es la tercera consideración. Los ángeles contemplan el rostro de Dios. El hombre desea contemplar el rostro de Dios, y toda la historia de la humanidad es testigo de cómo el hombre quiere saber quién es Dios, y tener así una luz sobre sí mismo. Pero Dios es invisible. Se sustrae a nuestros ojos, habita una luz inaccesible. Y, sin embargo, los ángeles contemplan el rostro de Dios. Dios nos envía a sus ángeles para acompañarnos en nuestro camino, hasta que también nosotros podamos contemplar el rostro de Dios y ser transformados en Él. El hombre no puede ver el rostro de Dios, pero Dios se lo quiere mostrar. Nos lo ha hecho ver en el rostro de su Hijo hecho hombre. “Quien me ha visto a mí ha visto al Padre” escribe San Juan. Pero para nosotros esta visión será plena cuando veamos a Dios cara a cara y seamos transformados en Él. Nuestros ángeles nos custodian en nuestro camino, para que también nosotros podamos estar, un día, allí donde ellos están, contemplando el rostro de Dios. Dios nos envía a los ángeles para que, acogiéndoles, nos acompañen en el camino de la vida, para estar, un día, con Dios, como ellos, junto a todos nuestros hermanos. Esta no es solamente una visión celeste. Cada vez que celebramos la liturgia, decimos en el prefacio, antes de la consagración, que cantamos y adoramos a Dios en compañía de los ángeles y de los santos. Nuestra liturgia está unida a la liturgia celeste y la anticipa. Celebramos aquí lo que seremos allí. Celebramos aquí la salvación de Cristo, que nos viene de su muerte y de su resurrección, una salvación que gozaremos totalmente en el cielo. Que los ángeles, con los que cantamos en esta celebración, nos guíen en el camino y nos acojan un día en la gloria. Y que la Virgen Santa, que aquí ha mostrado su rostro, Ella, reina de los ángeles que ha acogido el anuncio del ángel, que sea Ella quien interceda, especialmente en este año misionero, para que cada hombre pueda gozar de la protección de los ángeles y contemplar un día, para siempre, el rostro de Dios.

Amén.